



ANDALUCÍA
EN LA PROSA DE
JOSE MANUEL
CABALLERO BONALD
Y FERNANDO QUIÑONES

Luis Pascual Cordero Sánchez

El oficio, la amistad y el paisanaje unen a Caballero Bonald (1926) y Quiñones (1930-1998). Ambos adolescentes de la posguerra, en palabras bonaldianas, serán testigos de cambios estéticos en la literatura así como de la muerte de Franco y del paso de una España centralista a la conocida como España de las Autonomías. Estos cambios políticos, territoriales y culturales se manifiestan en la obra en prosa (ensayo y narrativa) de los dos autores, permitiendo explorar su concepción de Andalucía y lo andaluz. Si la dictadura franquista había proyectado al exterior una identidad nacional histriónica, basada en gran parte en la distorsión y exageración de muchísimos elementos andaluces

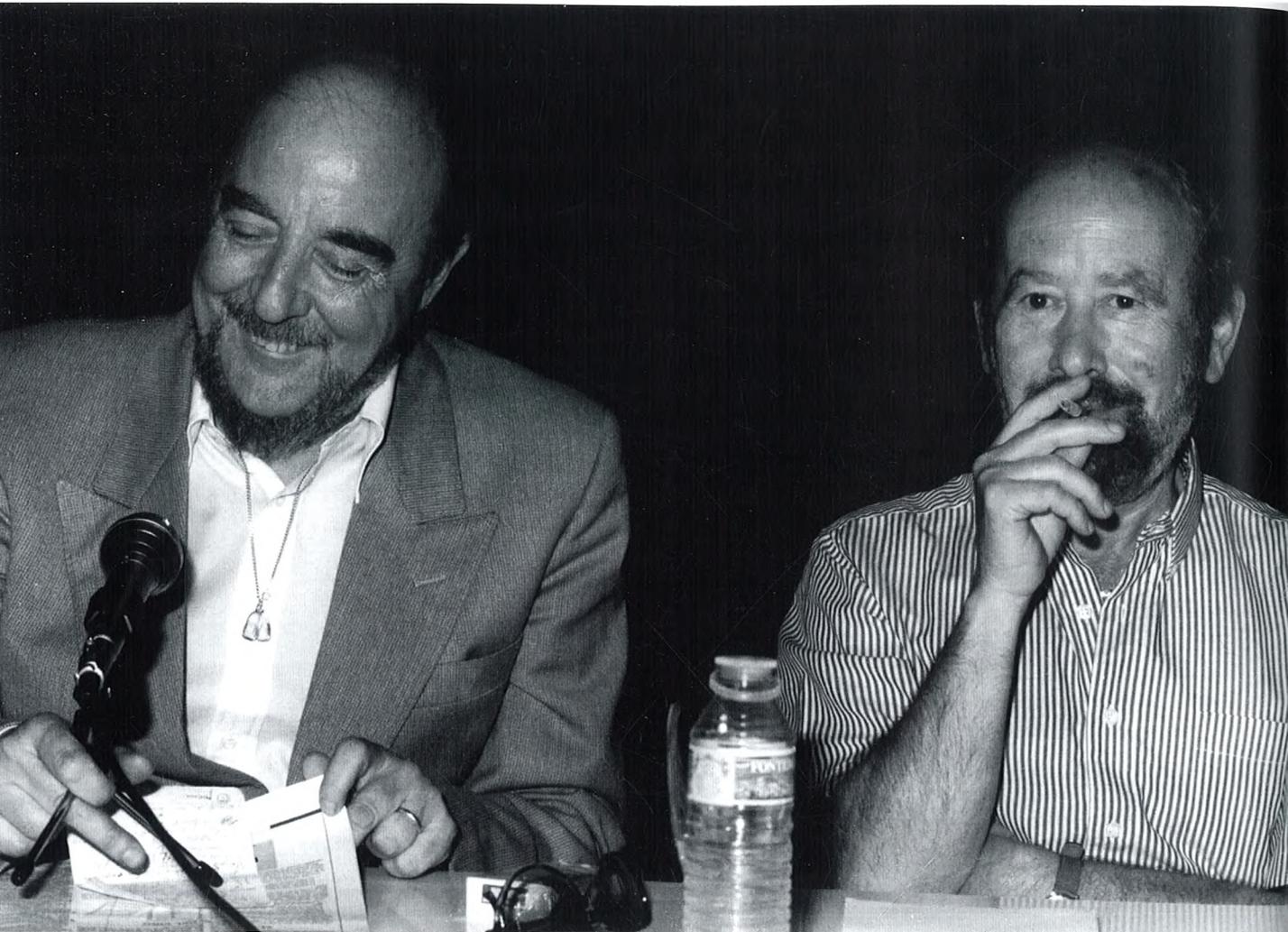


(en ocasiones, aludida como el nacionalflamenquismo), los dos gaditanos buscan depurar ese estereotipo y se replantean qué y cómo es Andalucía durante el Tardofranquismo y, muy especialmente, en los primeros años de la democracia y la Postransición. Su reacción contra ese manido paradigma se traduce en la incorporación de Andalucía, sus gentes y sus paisajes a su obra con el fin de desenmascarar la falsa Andalucía franquista y presentar una Andalucía veraz y auténtica, suprimiendo sus componentes más histriónicos e hiperbólicos.

El protagonismo de Andalucía en la prosa de ambos autores lleva a hablar de un andalucismo cultural (Egea Fernández-Montesinos 15), no nacionalista ni secesionista, que se manifiesta en el empleo del andaluz como dialecto literario, en la lucha contra el estereotipo y en una revisión y depuración de la visión romántica y orientalizada del mediodía español. Ambos escritores ven en el autonomismo un proyecto de unión que es vía a la modernidad y al mismo tiempo purga de la visión y el estereotipo folklorizante y orientalizado.

En el caso concreto del estereotipo, Caballero Bonald y Quiñones parten del siguiente planteamiento: en el Franquismo Andalucía fue empleada para hacer España, y más concretamente todos sus aspectos más tópicos y superficiales. Para ambos, el Franquismo tomó la visión orientalizada de los románticos y la usó como impostura. Por ello, su posición es, por un lado, de denuncia y renuncia a los tópicos y, por otra, de reacción contra ellos. Esta reacción consistió en presentar su Andalucía limpia de clichés y estereotipos. La exacerbación, el folklorismo huero, el exotismo romantizado quedan fuera del discurso bonaldiano y quiñoní, sin embargo los elementos que han sufrido este proceso de exageración y “romantización” (el flamenco, sin ir más lejos) retornan con un nuevo tratamiento a su prosa, liberados de su halo romántico y chovinista. Es decir, en su obra están presentes aquellos ingredientes andaluces de los que el estereotipo se ha servido (el ya citado flamenco, el vino, el toro, etc.), pero huyendo de la exageración, la falsedad o el exotismo, sustituidos por temas universales.

El flamenco jugará un papel prominente en la lucha contra la imagen orientalizada, romántica y estereotipada de Andalucía. Conscientes de su papel identitario, convierten la lucha contra el tipismo en una vindicación del flamenco de la que ambos autores participan. Caballero Bonald y Quiñones publican no solo su literatura con guiños al flamenco aquí y allá, sino que desarrollan toda una obra flamencológica que va más allá del ensayo y abarca también la producción discográfica y la televisión. El tratamiento del flamenco en su narrativa de ficción es el de un flamenco real, alejado del estereotipo, el exotismo, la comercialización (turística y de otra índole), muy alejado del nacionalflamenquismo, es más,



Fernando Quiñones y J.M. Caballero Bonald (Ciudad Real, junio, 1990) Foto de Miguel Ángel Blanco

al emplearlo como material literario y como objeto de reflexión, lo dignifican y ennoblecen, y de paso lo alejan del costumbrismo y continúan con su lucha contra la visión romántico-exótica de Andalucía. Asimismo, en su obra flamencológica, ambos autores conceden especial importancia a la indagación de la historia del flamenco, gesto vinculado a la voluntad de poner de manifiesto su esencia mestiza. Este carácter mestizo puede fácilmente leerse desde una perspectiva política, de modo que no solo es el flamenco una afición o un objeto de estudio de los dos escritores. Es también una forma de plantarse ante el Franquismo. El mestizaje que enfatizan en sus textos sobre flamenco atenta directamente contra el paradigma

monolítico y unitario del Régimen y, de paso, critican el abuso y la distorsión que, con fines publicitarios y propagandísticos, orquestó la dictadura.

El toro plantea a ambos autores el problema de su trascendencia más allá del suelo andaluz e, igualmente, su estrecha relación con la visión romántica y orientalista. Aunque en la obra de los dos reaparece, la tauromaquia y el toro en sí tienen más un papel de escenografía en que desarrollar temas universales. Por ello, tanto en Caballero Bonald como en Quiñones el toro es atrezzo y no trama. El vino, por el contrario, sí tiene un papel crucial y un desarrollo más profundo. Los relatos quiñonescos de *Cinco historias del vino* o *La gran temporada*, dignifican el vino andaluz, incluso lo deifican (como también hace el escritor jerezano). Este vino sirve como fuente de identidad a los personajes (es, además, fuente de ingresos y trabajo y une al pueblo en su consumo) y, al mismo tiempo, es instrumento en la creación de la Andalucía mestiza. El mismo tema del mestizaje ligado al vino observado en Quiñones, reaparece con fuerza en Caballero Bonald, donde el vino puebla sus cinco novelas (especialmente *Dos días de setiembre* y *En la casa del padre*), sus memorias literarias y gran parte de sus ensayos. Reaparecen en su obra el poder identitario del vino, su estrecho vínculo con la cultura y la tradición, así como el ya mentado poder integrador y fuente de mestizaje (como los Leiston o los Hardy).

Caballero Bonald y Quiñones ven como raíz del estereotipo andaluz la exótica visión romántica de los viajeros decimonónicos. Si dichos viajeros románticos crean Andalucía al pasarla por el prisma del orientalismo, empleando la terminología de Said, estos escritores van a denunciar ser víctimas de un proceso de orientalización, y a su vez proponen como pilar identitario clave su pertenencia a Oriente. En el caso concreto de Caballero Bonald, observa que el estereotipo se forma en base a una realidad. Es cierto que el Romanticismo crea una serie de lugares comunes que están relacionados con la genuina cultura andaluza: existen los toreros, las mujeres hermosas y bellas noches que evocan la morería, pero esos elementos de por sí no pasan de ser “un tema literario muy apresuradamente concebido por lo común; una imagen convencional, de muy difícil rectificación en la mayoría de los casos” (*Relecturas* III: 288). Para Caballero Bonald, la raíz del problema está en la condensación de lo español en la andaluz y de lo andaluz en lo moruno y gitano (*España* 32). Este proceso de condensación simplifica una realidad inferida en la literatura bonaldiana y quiñoní: que la esencia andaluza es efectivamente oriental, así lo demuestra su historia, y que sufre un proceso de orientalización. Si se da por cierta la aserción de que Andalucía se concibe como parte de Oriente, y que Oriente es creado desde el exterior dando lugar a “una esencia platónica” (Said 61) en que

las “representaciones [de Oriente] son *representaciones*, y no retratos “naturales” de Oriente” (Said 41), está entonces servido el estereotipo andaluz, mera representación de su verdadera naturaleza. De este modo, Andalucía consta de una identidad jánica. De las dos caras de este Jano andaluz, una mira hacia Occidente, donde se enclava geográficamente y por donde se expandirá con la llegada al Nuevo Mundo. La otra mira a Oriente, con el que colinda y del que se considera heredera, y que es víctima de la orientalización que da pie a los estereotipos. Caballero Bonald traza una genealogía de la Andalucía-Oriente desde la cuna hasta el presente. Queda así justificada la afirmación de que Andalucía es Oriente, pues sus moradores prehistóricos nativos de la Edad del Bronce son lo que son gracias a los fenicios, con quienes están profundamente imbricados (*Andalucía* 12). Lo cual viene a recalcar precisamente eso, que desde sus orígenes el sur español ya estaba formado por un Otro extranjero venido de Oriente, y que se asimila al Yo perdiendo su componente de otredad. Solo si se entiende la historia de Andalucía como una serie de capas de sustratos o como un movimiento pendular, con épocas marcadas por Oriente (desde Tartessos al periodo árabe) y con otras marcadas por Occidente, se entiende la dicotomía andaluza.

Con lo visto hasta el momento, es necesario volver a los estereotipos para alcanzar conclusiones. Una lectura detenida de la prosa de Caballero Bonald y Quiñones prueba que se tienen por orientales. Si, como cree Said, el orientalista *escribe* y el oriental es *descrito* (Said 362-63), Caballero Bonald y Quiñones buscan romper con la dinámica orientalista y pasar de ser descritos (estereotípicamente) o escribirse por sí mismos, presentando su visión literaria de Andalucía alejada del prisma orientalista. Pero también rompen así con la dinámica de poder que conlleva el orientalismo, según Said (63). Al representarse a sí mismos, la visión no estereotípica de Andalucía en sus novelas contrasta con la producción nacionalflamenquista¹, y va en contra de ella en un intento de subvertir esa relación de poder (muy especialmente durante la dictadura).

En aras de romper con el estereotipo y el orientalismo Caballero Bonald y Quiñones se sumergen en la historia en busca de su identidad. Dado que el presente es fruto del devenir histórico, la exploración del pasado es una herramienta para, por un lado penetrar en la identidad y, por otro, para conociéndose

1 El régimen de Franco estuvo precisamente muy interesado por subrayar sus peculiaridades y diferencias. Exportando y explotando la España orientalizada y la de “charanga y pandereta” transmitía un mensaje claro al exterior: *Spain is different!* Dado que el orientalismo es una herramienta política que genera una diferencia palmaria entre un Yo occidental y un Ello oriental y extraño (Said 67), el Franquismo encontrará en el orientalismo un arma perfecta, que blandirá cuando quiera diferenciarse del contexto europeo, pero que mantendrá en un segundo plano cuando le convenga.



Reunión de escritores, Caballero Bonald y Quiñones entre ellos, en un congreso en Segovia, 1952

mejor despojarse del estereotipo. Es decir, pese a la novedad de la Andalucía autonomista, existe una Andalucía histórica objetiva que hunde sus raíces hasta Tartessos y que se apila en capas de sustratos, en parte orientales, en parte occidentales, dando lugar a una Andalucía mestiza y transcultural, nutrida por diversos moradores y periodos históricos. Caballero Bonald y Quiñones contestan el castellanocentrismo católico del Régimen buscando otros orígenes. Las continuas menciones, explícitas o implícitas, y por ende la supina importancia que dan los dos escritores a Tartessos y al periodo fenicio son un mensaje claro: antes de que existiera Castilla, ya existía Andalucía. La conclusión que se extrae de la lectura de las prosas de Caballero Bonald y Quiñones es que si Andalucía sirve como paradigma histórico, esta historia es una mezcla de elementos muy variados que son la clave para entender la identidad andaluza. Así, si el devenir histórico andaluz está marcado por la llegada y asentamiento de muy diferentes pueblos, se sigue que la identidad andaluza tiene como pilar el mestizaje y la transculturación. A diferencia de los nacionalismos periféricos españoles basados en la raza, la identidad andaluza tiene a gala todo lo contrario: su impuridad racial, sus diversos orígenes, su heterogeneidad, en suma, su mestizaje. Mestizaje al que llegan gracias a esa inmersión en la historia.



Quiñones, Caballero Bonald y Vicente Fernández de Bobadilla en Sanlúcar de Barrameda en 1989

El resumen de lo hasta aquí analizado lleva a dos conclusiones: por un lado, Andalucía ha padecido el orientalismo porque en efecto es Oriente. Pero su identidad es jánica, ya que a la vez es Occidente, por lo que no puede renegar de ninguna de sus dos esencias. Por otro, esa identidad jánica, unida al devenir histórico, han hecho de Andalucía un espacio heterogéneo y mestizo, que lejos de humillarse por su impureza racial, la celebra. En su faceta occidental tiene un peso prominente la influencia americana. Empleando un paralelismo flamenco, al igual que los cantes de ida y vuelta, las relaciones con Cuba y dos años de estancia en Colombia del jerezano y las del chichanero con Borges, Argentina y Nicaragua convierten a los dos autores en escritores de ida y vuelta.

Ambos autores muestran un sentimiento de continuidad entre Andalucía y América Latina. No perciben una ruptura, más allá de la obvia geográfica, sino que creen firmemente en un *continuum*, en una cierta unidad entre Andalucía y América, cuyas mínimas diferencias son mucho menores que sus múltiples similitudes. Por ello, puede afirmarse nuevamente que la identidad andaluza es de ida y vuelta y también jánica, enfatizando precisamente esa diversidad que puede leerse como una velada manera de hacer oposición a la unidad y uniformidad del Franquismo. El carácter atlántico de la Baja Andalucía fomenta el vínculo entre ambas orillas y un cosmopolitismo, una celebración de la diversidad y un aperturismo que se aprecian en la obra de Caballero Bonald y Quiñones. El mestizaje entre Andalucía y las Américas, ambos espacios sincréticos de por sí, y su celebración puede interpretarse como una oposición a la España “una” de Franco. Es más, gracias a esta condición mestiza común los propios escritores se sienten parte de América, como si ellos mismos fueran mestizos. La conclusión de estas aseveraciones es inequívoca, existe un sentimiento de pertenencia al continente americano que refuerza su concepción de un *continuum* Andalucía-América Latina.

La anterior mención a la oposición a la España de Franco a través del mestizaje va de la mano con el uso metafórico de Latinoamérica como trinchera de lucha antifranquista. Volver los ojos hacia América Latina, como hacen Caballero Bonald y Quiñones, y tratarla como igual y no desde la altanería colonial suponía romper con la dinámica procolonial e imperial que fomentaba el Régimen, incluyendo la delicada y espinosa situación colonial norteafricana. Asimismo, el apoyo intelectual a la Revolución cubana de Caballero Bonald (Villamandos s. pág. web) y al Sandinismo por parte de Quiñones, también les aleja de esa visión colonial y por ende del Franquismo. Aunque ciertamente algunos residuos coloniales permanecen en Caballero Bonald y en Quiñones, la ruptura de la dinámica colonial vertical maternofilial, y en general girar sus ojos hacia América, suponía

una invectiva contra la España franquista. Esta tiene su repercusión en el plano estético, así se verá a continuación, pues al decantarse por modelos fantásticos o barrocos procedentes del otro lado del océano, se huía del estilo oficialista o de la estética de escritores anclados a España o seguidores del tradicionalismo (Ortega 24). De esta manera, se completa el trayecto “de ida y vuelta” al incorporar en su estética lo fantástico y lo barroco.

Pese a la actitud anticolonialista y a las abiertas críticas *–mea culpa* incluido– a la conquista y al periodo colonial, no es menos cierto que existen, ya se ha anticipado, tensiones sutiles con un soterrado discurso colonial residual. Aunque abogan por romper con los resquicios de los roles coloniales metrópolis-colonia (el prólogo de la antología quiñoní *Latinoamérica viva* es muy esclarecedor al respecto), conviene preguntarse hasta qué punto esa sensación de pertenencia a una realidad panhispánica, la celebración del mestizaje o las continuas comparaciones entre Andalucía, y España, con América, no responden a un discurso colonial, a un resabio subyacente y residual, que funciona de manera inconsciente. Pese a que el discurso anticolonialista es claro, sí que ciertamente se cuelan por inercia retazos de discursos coloniales pasados o, por mejor decir, existe una tensión y una lucha con dichos discursos (el resbaladizo término “hispanidad,” el exotismo o caribeñismo –según apunta Villamandos– o el filtro sexual y racial por el que pasan a sujetos y exdominios coloniales).

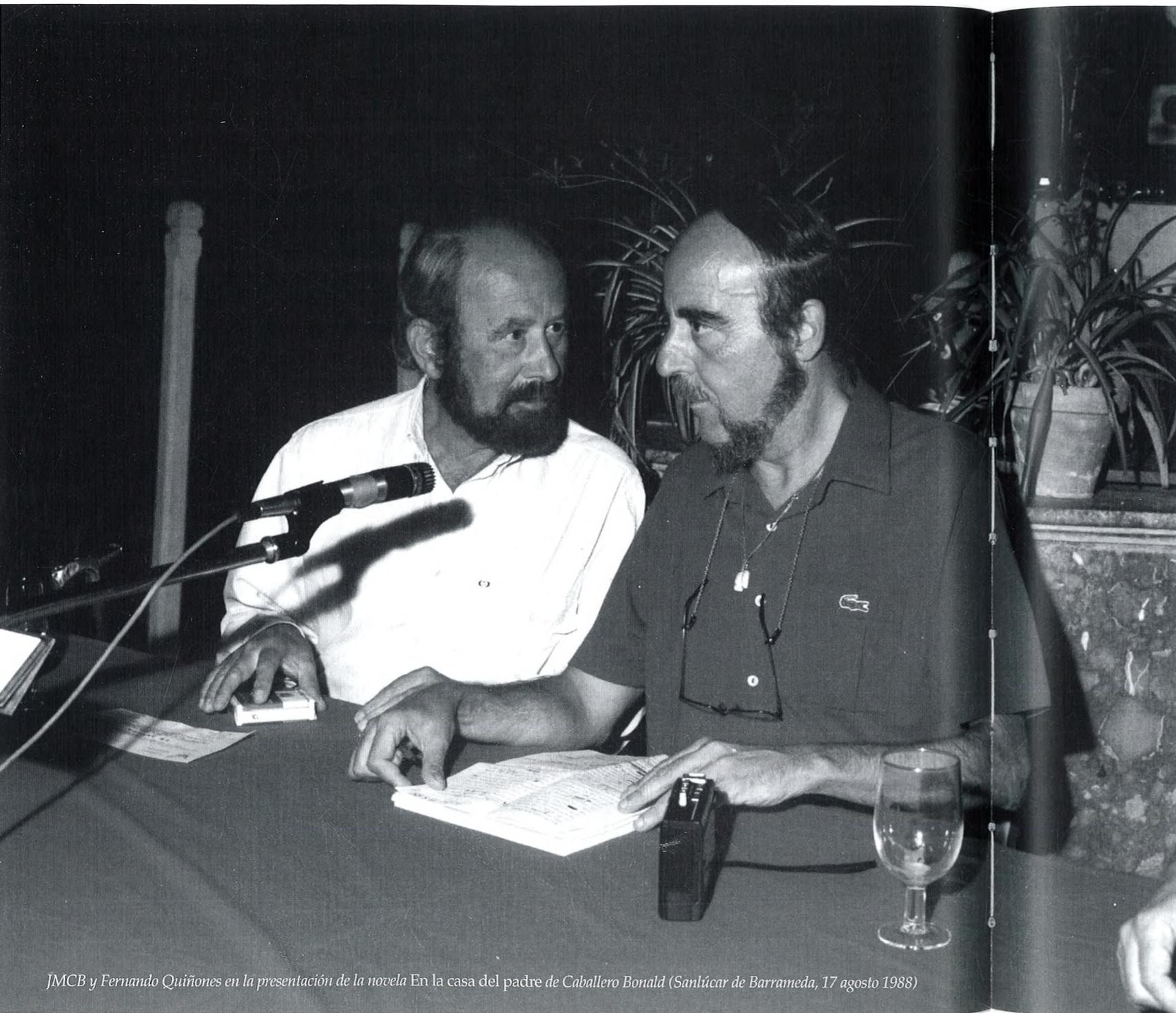
Lo fantástico en la narrativa de Caballero Bonald y Quiñones recibe influencias de la literatura latinoamericana, si bien no se trata de una emulación, sino de una adaptación, pues los escenarios narrativos de Quiñones y la Argónida bonaldiana no son lugares creados *ad hoc* y donde lo mágico, o lo irreal, se manifiestan sin problematización, sino que son trasuntos preexistentes fuera de la diégesis. Son espacios tomados de una Baja Andalucía real de la que subrayan lo raro y extremo, dejando paso también a lo esotérico, sobrenatural y fantástico, es decir, lo irreal. Convierten esos espacios narrativos *a priori* reales en un cajón de sastre de todo lo que escapa a lo verosímil, empleando el modismo cajón de sastre con todas sus consecuencias, pues en la narrativa de ambos autores cabe, además de lo real, todo lo irreal: lo bizarro (con el sentido de extraño), lo mítico-mitológico, lo bíblico, el cuento de hadas, etc.

La irrupción de lo fantástico vincula en el plano estético la narrativa de Caballero Bonald y Quiñones a la latinoamericana. No es un aserto nuevo. Caballero Bonald viente en sus novelas mucho de lo real maravilloso de Carpentier, precisamente lo raro y bizarro, unido al atavismo andaluz (Bernal Romero 91). Crea así una poética basada en el campo de Agramante, volviendo al título de su última novela, donde cohabitan realidad, extravagancia, religión, superchería, lo fantástico o, como en *Ágata ojo de gato*,

el mito. Puede inferirse que la mezcla de lo real maravilloso con ese oscurantismo y superstición andaluza conforma la experiencia “fantástica” en la novelística bonaldiana, donde fantástica debe entrecomillarse, pues en el fondo sus novelas están dotadas de su propia realidad (*Relecturas* I: 436; García Morilla 12). De igual manera, en la narrativa de Quiñones también se encuentra una amalgama de lo irreal en la que lo fantástico, muy influenciado por Borges, y lo extraordinario tienen un mayor relieve. Ahora bien, si en la narrativa de Caballero Bonald la sensación de extrañeza e irrealidad tiende a ser constante y continua, en la de Quiñones hay una alternancia entre lo realista y lo fantástico. La concepción de lo fantástico de Quiñones escapa a los cánones tradicionales y da cabida en su literatura fantástica a la magia, la mitología, lo onírico, y, muy especialmente, lo extraño. Como en el caso de Caballero Bonald, también se aprecian esas dos fuentes: una latinoamericana y otra andaluza. La de procedencia americana resulta fácil situarla en Borges, amén de otras influencias colaterales de escritores del Pre-*Boom* y el *Boom* (el realismo mágico y Cortázar). Por otro lado, de su natal Andalucía toma, al igual que Caballero Bonald, el gusto por lo supersticioso, lo sobrenatural, y sobre todo, lo extremo (Pérez-Bustamante Mourier 176).

En suma, la Andalucía de Caballero Bonald y de Quiñones, como se transparenta en su narrativa, es un espacio geográfico proclive a no problematizar e incluso a creer en lo extraordinario, excelente contexto que acoge la influencia del realismo mágico y de lo real maravilloso. Junto a lo fantástico, otro rasgo estilístico compartido con América Latina, y que complementa a la perfección dicha estética, es el barroco. En la misma época, varios escritores latinoamericanos también estaban imbuidos en el rescate y celebración de la estética barroca. Los más influyentes, sobre todo para Caballero Bonald, son Lezama Lima y Carpentier. La imbricación del barroco y el mestizaje de “La curiosidad barroca” y “Sierpe de don Luis de Góngora” de Lezama sin duda tuvo que atraer poderosamente la atención de Caballero Bonald, tan dado a la reflexión sobre el mestizaje, y quién sabe si a pensar el barroco andaluz como fruto del mestizaje sincrético de culturas asentadas en Andalucía a lo largo de la historia. La desmesura del barroco a la que apunta Sarduy (32-33) no parece totalmente antitética con la prosa de los andaluces, que cuida mucho de la palabra y que está en continua búsqueda del adjetivo, sustantivo o verbo exactos y concretos². Para Caballero Bonald, el barroco es una herramienta para penetrar en la realidad,

2 La visión política en común entre Sarduy y los andaluces no parece descartable, pero debe analizarse con todas las precauciones. Para Sarduy (36), el neobarroco es la estética de la Revolución cubana, aunque como es sabido en el caso de los literatos cubanos esa unión acaba demostrándose fallida. Paralelamente, el barroquismo formal de Caballero Bonald y Quiñones, o el gusto por una lengua marcadamente dialectal, especialmente en el último, podrían entenderse como una negación de la cultura literaria franquista oficial, oponiendo el pliegue barroco a la escurialense línea recta. Debe repetirse nuevamente que, con todo, es un paralelismo difícil y delicado, que necesitaría una investigación minuciosa.



JMCB y Fernando Quiñones en la presentación de la novela *En la casa del padre de Caballero Bonald* (Sanlúcar de Barrameda, 17 agosto 1988)

pero que además es necesario como estética para crear escenarios barrocos como los de *Ágata ojo de gato* o *Campo de Agramante* por lo exuberante y por las gentes que lo pueblan. Un barroco que, sin prescindir del preciosismo lingüístico, se pone al servicio de la descripción espacial y de la narración. En lo referente a Quiñones, su barroco no es de exuberante agobio, pero sí de hallar la palabra exacta y, por supuesto, de capturar y plasmar la oralidad. Todo ello unido a una estética que mezcla alta y baja cultura y que gusta tanto del sabor popular como del cultismo refinado, lo cual se une a los juegos posmodernos con la estructura y el género, emparentándolo con el barroco de Cortázar.

A manera de resumen, la visión de Andalucía en la prosa de los dos escritores los coloca en una corriente antifranquista no solo a nivel político, sino también cultural. La reacción frente al centralismo del Régimen se traduce en sus escritos, especialmente en su narrativa de ficción, en una clara preferencia por los escenarios andaluces. En la misma línea, en oposición al monolitismo de la España "una" de Franco, rastrean la historia de Andalucía, muy especialmente de su Baja Andalucía nativa, en busca de su origen, un origen diverso, mezclado y, en suma, mestizo. Incluso se puede entender parte de su estética literaria como una estética de oposición al Franquismo. Gran parte de su inspiración viene de América Latina, lo que de por sí no deja de ser un gesto con voluntad de superar la dinámica colonial de evocación imperialista de la dictadura y que esconde un deseo claro de huida de la estética oficial imperante. Rompen con dicha estética a través del uso recurrente de lo fantástico o lo irreal, transformando Andalucía en un espacio geográfico donde tiene cabida lo anormal, lo extraordinario, lo bizarro y hasta la magia. Un espacio convertido de esta manera en la antítesis de la España católica, donde la religión es desplazada por el mito, la leyenda, la superstición y lo arcano. Igualmente, la preferencia por una literatura barroquizante –que en paralelo vivía un auge en Latinoamérica– se distancia tanto de la pomposa retórica oficial como de la prosa árida y plana. Dentro de la preocupación por el cuidado de la palabra entra en juego el uso de la variedad diatópica andaluza como dialecto literario, que se incorpora paulatinamente en su prosa –muy especialmente de Quiñones–, abogando por su dignificación y por la ruptura con el centralismo sustituido por el cuasifederalismo de las comunidades autónomas.



Fernando Quiñones, Felipe Benítez Reyes, Caballero Bonald, Jesús Fdez. Palacios y Juan José Téllez. Cádiz, 1997

La actitud de los dos escritores hacia el proyecto autonomista es positiva, sin obviar sus retos y limitaciones. En ambos casos se puede hablar de andalucismo, pero entendido desde un prisma cultural alejado de las connotaciones políticas del nacionalismo secesionista. Es más, aunque reconocen peculiaridades genuinas de la idiosincrasia andaluza, consideran Andalucía parte integrante como comunidad autónoma de España sin problematizar su relación bilateral como en los nacionalismos periféricos. Como parte de su andalucismo cultural en el contexto de la Transición y los primeros años de la democracia, Caballero Bonald y Quiñones emprenden una lucha por la depuración del estereotipo que el Franquismo, emulando la imagen orientalizada de la Andalucía romántica, había instaurado para valerse de él con fines identitarios, propagandísticos y turísticos y que tuvo como culmen el nacionalflamenquismo. Frente a esta imagen histriónica y distorsionada, Caballero Bonald y Quiñones proponen rescatar la Andalucía genuina y auténtica, por la que abogan. El tratamiento huye totalmente del cliché. Además de la purga del estereotipo, el cambio de paradigma político y territorial les lleva a reflexionar sobre la esencia identitaria andaluza. Para ello, rastrean su historia desde los primeros moradores en la Edad del Bronce hasta el presente. La conclusión a la que llegan es que la identidad andaluza es de naturaleza janual: por un lado, es oriental por la absorción de elementos orientales de sus colonizadores –origen de la imagen orientalista originada en el Romanticismo y rescatada por Franco– y, por otro, se nutre de las Américas, que no conciben como un espacio diferenciado, sino como una prolongación, un *continuum* o una gran comunidad con la que comparten lengua, literatura y bagaje. Si el gesto de romper con el estereotipo orientalista les alejaba del Franquismo, volver sus ojos a las antiguas colonias de ultramar no era menos desafiante, pues atentaba contra el espíritu imperialista-colonial de la dictadura y, al mismo tiempo, Caballero Bonald y Quiñones se alineaban con movimientos de izquierdas como la Revolución

cubana o el Sandinismo. Volviendo a Andalucía, en sus diferentes estratos históricos, los diferentes colonizadores se aclimatan a la zona, incorporándose como andaluces y a la vez dejando su impronta. En su papel como colonizadores de las tierras de Occidente, de alguna manera son colonizados por aquellos que fueron a colonizar, dando pie a cierto grado de transculturación entre Andalucía y el Nuevo Mundo. La consecuencia de este Jano andaluz que mira a Oriente y a Occidente es una identidad que también es mestiza y que celebra su diversidad. El mestizaje no se limita a la mera acumulación de capas históricas traídas por las diferentes y variopintas civilizaciones colonizadoras, sino que además se nutre de los llegados a lo largo de la Edad Moderna al abrigo de los negocios con las Indias o con el lucrativo negocio vitivinícola e, incluso, caballar, y que encuentran su correlato en los Leiston o los Hardy de las novelas bonaldianas. Una celebración que en el contexto del Franquismo era poco menos que provocativa al ir directamente contra su ideario y que encontraría en el aperturismo de la democracia mejor acomodo. Esa es, en suma, la Andalucía nativa que se encuentra en la prosa de Caballero Bonald y Quiñones, una Andalucía que es oriental, una Andalucía que es occidental, una Andalucía que es mestiza y, sobre todo, una Andalucía que es la de dos escritores, la de dos amigos, la de dos paisanos.

OBRAS CITADAS:

- Bernal Romero, Manuel. "Superstición, magia y esoterismo en la narrativa de Caballero Bonald." *Étimos I* (2012): 90-102. Impreso.
- Caballero Bonald, José Manuel et al. *Andalucía*. 1989. Barcelona: Lunwerg, 2000. Impreso.
- --- et al. *España*. Barcelona: Lunwerg, 1997. Impreso.
- ---. *Relecturas. Prosas reunidas (1956-2005)*. Ed. y pról. Jesús Fernández Palacios. 3 vols. Cádiz: Servicio de publicaciones de la Diputación de Cádiz, 2006. Impreso.
- Egea Fernández-Montesinos, Alberto. *García Lorca, Blas Infante y Antonio Gala: un nacionalismo alternativo en la literatura andaluza*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 2001. Impreso.
- García Morilla, Francisco. *De memorias y ficciones. Las novelas de José Manuel Caballero Bonald*. Sevilla: Alfar, 2013. Impreso.
- Ortega, José. "Nuevos rumbos en la novelística española de posguerra: *Ágata ojo de gato* de Caballero Bonald." *Anales de la novela de posguerra 2* (1977): 19-29. Impreso.
- Pérez-Bustamante Mourier, Ana Sofía. "Construcción, género y sentido en *El coro a dos voces* (1997), de Fernando Quiñones." *Salina 12* (1998): 167-84. Impreso.
- Said, Edward W. *Orientalismo*. Trad. María Luisa Fuentes. Madrid: Libertarias, 1990. Impreso.
- Sarduy, Severo. *El barroco y el neobarroco*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2011. Impreso.
- Villamandos, Alberto. "La Cuba revolucionaria en las autobiografías de Barral, Goytisolo y Caballero Bonald." *Ciberletras 24* (2010): s. pág. Web. 7 enero 2014.